

Crisis, gobierno y ética del capitalismo¹

Ronald Balza Guanipa

02.07.09

Las concepciones éticas, explícitas o implícitas, bien pensadas o mal fundamentadas, suelen ser determinantes cuando se toman decisiones trascendentes. Según Amartya Sen (1999:272-273), “aun si *en última instancia* ningún individuo tuviera una razón directa para interesarse en la justicia o en la ética, consideraciones [de este tipo] pueden ser instrumentalmente importantes para el éxito económico”. Por ello, las convenciones, la discusión pública (posible en democracia) y la selección evolutiva en función de sus consecuencias pueden influir en el surgimiento y permanencia de ciertos valores, tanto como la reflexión y el análisis que se ocupe directamente de “cómo uno ‘debería’ actuar” o indirectamente de “los efectos del buen comportamiento (por ejemplo, las ventajas de tener una buena reputación e inspirar confianza)”.

Las dificultades de abordar el estudio directo de los problemas éticos son puestas en evidencia por Sen (1999:56-57) al comparar las teorías de la justicia utilitarista y libertaria, en base a la información que incluyen y excluyen en sus evaluaciones. Los utilitaristas consideran relevantes el placer, la felicidad y la satisfacción de los deseos, procurando la mayor suma de felicidad posible sin preocuparse directamente por distribución, derechos o libertades. Los libertarios, por el contrario, no se preocupan por la felicidad o la satisfacción, sino por el mantenimiento de ciertas libertades y derechos, como el derecho de propiedad. La evidente incompatibilidad de ambas teorías complica las discusiones políticas, haciendo imposibles en ocasiones posiciones comunes.

La crisis económica en proceso abre una ventana para considerar estos problemas. La regulación o desregulación de los mercados, por ejemplo, es un problema económico en cuyo tratamiento no resaltan únicamente los aspectos técnicos vinculados con los poderes y atribuciones de los organismos supervisores, o con los incentivos de distintas medidas sobre los participantes de dichos mercados, o con los efectos que puedan o no lograrse sobre uno o varios sistemas, complejos e interconectados. En el marco de la crisis mundial, con estas páginas se pretende ilustrar la importancia, a veces sobreentendida, de los supuestos sobre el carácter del ser humano (su racionalidad y su ética), del análisis que hacen de sus problemas en sociedad y de

¹ Publicado con el título “El mercado existe, y el gobierno también” en la *Revista SIC* del Centro Gumilla, Caracas, agosto 2009/año LXXII, No. 717; 314-320

sus opiniones sobre la pertinencia o no de distintas intervenciones de la política sobre la economía.

1. Un libertario en la Reserva Federal

Alan Greenspan fue Presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos desde mayo de 1987 hasta enero de 2006. El suyo fue un período de baja inflación y bajo desempleo, de lo cual se le dio crédito con frecuencia. Krugman (2009:139-152) afirma que, sin embargo, pudo ser mayor su responsabilidad en la generación y estallido de la burbuja de las *puntocom* entre fines de los 1990 y principios de los 2000, seguida de la burbuja inmobiliaria que precedería la crisis financiera en curso. No sólo por haber mantenido bajas las tasas de interés cuando habría podido incrementarlas (para desanimar demandas especulativas), sino por haber insistido en mantener sin regulación un enorme sistema bancario “a la sombra”, surgido al amparo de peligrosas innovaciones financieras.

En su autobiografía, Greenspan (2007:372, 208 y 368) efectivamente se presenta a sí mismo como un “ávido defensor ... de permitir a los mercados funcionar sin trabas”, “un Republicano libertario de toda la vida” creyente en “un principio simple y probado por el tiempo, promulgado por Adam Smith en 1776: los individuos intercambiando libremente entre sí siguiendo sus propios intereses conducen a una economía estable y en crecimiento”. Le lleva su seguridad al extremo de afirmar que “el modelo de libro de texto de perfección del mercado trabaja si se observan sus premisas fundamentales: las personas deben ser libres para actuar según su propio interés, sin trabas impuestas por choques externos o políticas económicas. Los errores y euforias inevitables de los participantes en el mercado global y las ineficiencias provocadas por estos malos pasos producirán desbalances económicos, grandes y pequeños. Y aun en crisis, las economías parecen inevitablemente corregirse a sí mismas (aunque el proceso tome a veces un tiempo considerable)”.

Su exposición de las ideas de Ronald Reagan, el Presidente de los Estados Unidos que le puso por primera vez al frente de la Reserva Federal, es reveladora de sus propias ideas. Según Greenspan (2007:87-88), “la clase de conservadurismo de Reagan era decir que amor con mano dura (*though love*) es bueno para el individuo y bueno para la sociedad. Esta proposición parte de un juicio sobre la naturaleza humana. Si es adecuado, entonces implica mucho menos apoyo del gobierno a los oprimidos. Aunque la mayoría de los Republicanos tenían conflictos para hablar o pensar en estos términos, porque parecían contrarios a los valores judeocristianos, Reagan no. Como Milton Friedman y otros tempranos libertarios, el nunca dio la impresión de tratar de estar a ambos lados del problema. No era que no tuviera simpatía por las personas que, sin tener la culpa, sufrían terribles necesidades; ni que tuviera menor disposición personal que los liberales [Demócratas] para asistir personalmente a los oprimidos. Pero ese no era el rol del gobierno, según Reagan. Amor con mano dura es, en el largo plazo, amor”.

Al examinar los diferentes “modos del capitalismo”, Greenspan (2007:271-272) reconoce la importancia de las diferencias históricas y culturales entre las sociedades, entendiendo por cultura “los valores compartidos por los miembros de una sociedad que son inculcados a una edad

temprana y que afectan todos los aspectos de la vida". Atribuye a la cultura "visibles efectos sobre el PIB", puesto que las sociedades con actitudes favorables al éxito en los negocios dan mayor libertad a las empresas, encontrando en el "capitalismo competitivo" un "importante trampolín hacia el bienestar material". Los distintos modelos de capitalismo se diferenciarían del norteamericano, "el más dinámico y productivo" según el autor, por dos razones: una que la mayoría de las personas desean evitar la tensión que causan "la competencia y la toma de riesgo" y la otra la existencia de una "ética antimaterialista" que compartirían "las raíces del socialismo ... y muchas prescripciones religiosas para una sociedad civil, que procuran mitigar la angustia de los pobres. Procurar la riqueza ha sido considerado no ético, si no inmoral, desde mucho antes del surgimiento del estado del bienestar". A pesar de sus diferencias, la "antipatía ética hacia la acumulación de riquezas o la tensión que causa la batalla competitiva [tienen las mismas] consecuencias [:] ambas son capturadas por la adopción de inhibiciones legales impuestas sobre la competencia que diluyen el capitalismo *laissez-faire*, [siendo este] un importante propósito del estado del bienestar".

Con estos puntos de vista no sorprende su entusiasmo por las innovaciones financieras no reguladas: "nuevas formas de finanzas tienen que ser desarrolladas o inventadas _ derivados, *securities* respaldados por activos, futuros sobre petróleo y todo lo que haga funcionar al sistema de comercio mundial mucho más eficientemente". Para Greenspan (2007: 368, 370, 372) el ejemplo "más prominente" del atractivo que significaron altos beneficios financieros fue la "revigorización de la industria de los fondos de cobertura (*hedge funds*)", que se habrían convertido en "jugadores críticos en los mercados mundiales de capital" por estar "esencialmente libres de la regulación del gobierno" y ser supervisados directamente por sus "contrapartes [en el mercado:] sus inversionistas de alto ingreso y los bancos y otras instituciones que les prestan dinero". Si el gobierno impusiera restricciones, sólo lograría reducir "la toma de riesgos que es integral a las contribuciones de los fondos de cobertura a la economía global y especialmente a la de Estados Unidos". Llega incluso a preguntarse "¿por qué deseáramos inhibir a las abejas polinizadoras de Wall Street?".

Tal como señala Goodman (2008), Greenspan logró detener los intentos de regular el mercado de derivados impulsados entre 1992 y 1994 por Edward Markey, un Demócrata que dirigió el subcomité de la Cámara de Representantes sobre telecomunicaciones y finanzas, y entre 1997 y 1999 por Brooksley Born, abogada que dirigía la Comisión de Negociación de Futuros de Materias Primas. También hizo caso omiso a inversionistas y banqueros que advirtieron los peligros de los derivados, calificándolos hace cinco años como "armas financieras de destrucción masiva que entrañaban peligros que, aunque ahora estén latentes, pueden llegar a ser mortíferos". Ya en presencia de la crisis, en octubre de 2008, Greenspan habría explicado el problema nuevamente en términos éticos, pero esta vez en dirección contraria: "el problema no es que fallaran los contratos, sino que la gente que los utilizaba se volvió avariciosa. La falta de integridad ha sido el detonante de la crisis". En un epílogo añadido a una nueva edición de su autobiografía habría rematado, según Goodman (2008), afirmando que "los malos ... son los banqueros [que] apostaron a que podrían seguir aumentando sus posiciones de riesgo y, aun así,

venderlas antes del diluvio". Aunque "la mayoría de ellos estaban equivocados [Greenspan habría insistido en que] los Gobiernos y los bancos centrales no podrían haber alterado el curso del boom".

2. Novedades keynesianas

No todos acompañan a Greenspan. Para Akerlof y Shiller (2009:xi), por ejemplo, haber dejado sin límites los "excesos" de Wall Street habría sido determinante en la gestación de la crisis actual. La atribuyen a la erosión "del sistema de salvaguardas desarrollado luego de la experiencia de la Gran Depresión", consecuencia directa de la "creencia de que el gobierno no debería interferir con las personas que persiguen sus propios intereses", respaldada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher durante los 1980. La antigua discusión sobre la función económica de los gobiernos se reanima con nuevos (y viejos) argumentos. Akerlof y Shiller (2009:viii-x) regresan a 1936 para exponer el surgimiento de la visión keynesiana entre dos extremos del "espectro político-económico", entonces ocupados por la economía clásica y el socialismo. La primera requería mínimas regulaciones gubernamentales, de modo que, gracias a la "mano invisible del mercado", la actividad privada en los mercados asegurase el pleno empleo. El segundo promovía lo contrario: el desempleo desaparecería si el mismo gobierno empleaba a los trabajadores, por lo que debería hacerse cargo directamente de los "negocios". Entre ambas, la posición de Keynes, compartida por ambos autores, parece "moderada". Según ellos, en esto de acuerdo con los clásicos, "las sociedades capitalistas ... pueden ser tremendamente creativas [y] los gobiernos deberían interferir lo menos posible con tal creatividad". Sin embargo, "dejadas de su cuenta", tales economías sufrirían, entre otras cosas, de manías, pánicos, desempleo, consumo excesivo, ahorro insuficiente, maltrato de minorías y volatilidad en los precios de las casas, los activos financieros y el petróleo. Según Akerlof y Shiller (2009:3-5, 171-173) Keynes atribuía estas consecuencias al espíritu animal: "un elemento inconsistente ... en la economía [:] nuestra peculiar relación con la ambigüedad y la incertidumbre". En presencia del espíritu animal la función del gobierno debería ser "fijar las reglas del juego [dentro de las cuales] el capitalismo debe vivir", teniendo en cuenta que existen "diferentes formas de capitalismo, con muy diferentes propiedades y beneficios". Sin intervención del gobierno el espíritu animal provocaría "olas de optimismo y pesimismo [que causarían] cambios a gran escala en la demanda agregada [,] el empleo [y] los mercados financieros [que], de tiempo en tiempo, [caerían] en el caos".

El progresivo abandono de la intervención gubernamental en los Estados Unidos y otros países tuvo diversas causas. Akerlof y Shiller (2009:x-xi) destacan la adopción por parte de los economistas teóricos, incluso los keynesianos, de un supuesto que excluía el espíritu animal: "las personas actúan sólo por motivos económicos, y sólo racionalmente". Las ideas de los nuevos clásicos, construidas sobre la base de las expectativas racionales, habrían pasado de los economistas a los políticos y medios de comunicación, logrando influir de modo determinante sobre las acciones de los gobiernos de Reagan y Thatcher y de sus sucesores. A ello suma Krugman (2009:182 y 14) el "conjunto de ideas tontas [conocidas como] 'economía del lado de la oferta', ... una excéntrica doctrina que habría tenido poca influencia si no hubiera apelado a los prejuicios de editores y hombres adinerados". Estas teorías se desarrollaban mientras en los Estados Unidos se

lograban éxitos en el control de los ciclos económicos de la postguerra (suavizándose las recesiones con intervenciones de la Reserva Federal), China abandonaba el marxismo (desde 1978) y colapsaban la Unión Soviética y sus áreas de influencia (desde 1989), con lo que el capitalismo parecía “seguro no sólo por sus éxitos _que... han sido muy reales_ sino porque nadie tenía una alternativa plausible”. Por ello, a pesar de las crisis que ocurrieron en América Latina y Asia durante los 1990, en 2003 el más destacado de los nuevos clásicos, el Nobel Robert Lucas, consideraba resuelto el problema central que había causado la Gran Depresión, y proponía dirigir los esfuerzos al estudio del crecimiento en el largo plazo.

Tanto para Akerlof y Shiller (2009:167 y 12) y para Krugman (2009:146 y 186-187) las teorías hoy “convencionales” son incapaces de ofrecer soluciones a una crisis que se mantiene en buena medida por la pérdida de la confianza, un concepto que, como señalan los primeros, “va más allá de lo racional”. El segundo, que afirma que las personas “estuvieron dispuestas a suspender sus facultades racionales”, recomienda “un buen estímulo fiscal del viejo keynesianismo” junto con “una nacionalización temporal completa de una parte significativa del sistema financiero [advirtiendo que] nada podría ser peor que fallar en hacer lo que es necesario por temer que salvar el sistema financiero sea algo ‘socialista’”. No es el propósito de este artículo examinar con detalle las propuestas de estos autores, pero con lo dicho se espera ilustrar la importancia del supuesto de racionalidad al discutir la conveniencia o no de la intervención de los gobiernos sobre los mercados. La próxima sección examina el papel de la ética en la discusión.

3. La ética del capitalismo

Las nociones de Greenspan sobre el capitalismo eran insuficientes y equivocadas, teniendo en cuenta la exposición de Sen (1999:262): “mientras el capitalismo a veces es visto como un arreglo que trabaja sólo sobre la base de la codicia de todo el mundo, el funcionamiento eficiente de la economía capitalista es, de hecho, dependiente de un poderoso sistema de valores y normas. En verdad, ver al capitalismo únicamente como un sistema basado en [el] comportamiento codicioso es subestimar vastamente la ética del capitalismo, que ha contribuido ricamente a sus formidables logros. ... Los modelos exitosos operan no sólo porque los intercambios son ‘permitidos’, sino también porque cuentan con el sólido fundamento de instituciones (como efectivas estructuras legales que protegen los derechos acordados por contrato) y de una ética de la conducta (que hace viables los contratos negociados sin necesidad de litigios constantes para lograr su cumplimiento)”.

Como Greenspan, muchos citan a Adam Smith cuando desean recomendar plena libertad para los mercados, argumentando que las acciones egoístas promueven el interés de la sociedad, como si fueran guiadas por una “mano invisible”. Sin embargo, como en repetidas ocasiones ha señalado Sen (1999:272 y 125), Smith consideró con mayor profundidad las motivaciones humanas y las debilidades del sistema de mercado. En su *Teoría de los sentimientos morales*, por ejemplo, explicó por qué, así como la prudencia es la virtud más útil para el individuo, “la humanidad, la generosidad y el espíritu público son las cualidades más útiles para los demás”. Y en su *Riqueza de las Naciones*, entre otras cosas, critica como “enemigos públicos” a los que sin juicio

ni éxito emprenden proyectos que, como consecuencia de su “prodigalidad”, tienden a “reducir los fondos destinados a mantener el trabajo productivo”.

La lectura incompleta tiene sus consecuencias. Sen (1999:264 y 267) destaca una de ellas: desconocer que un aspecto clave para el buen funcionamiento de una economía capitalista es la confianza, que se mantiene cuando los individuos siguen un conjunto de normas implícitas y explícitas distintas de las que conducen a maximizar beneficios. La carencia de las instituciones y la ética que sostienen tal confianza explicaría el fracaso de algunos intentos de crear un “capitalismo planificado” en las antiguas repúblicas de la Unión Soviética. Y, para el caso que nos ocupa, también explicaría buena parte de la actual crisis financiera.

Nota final: ¿pero quién guarda a los guardianes?

Las limitaciones en la racionalidad y la necesidad de instituciones y de ciertos valores hacen indispensable la intervención de los gobiernos para garantizar la buena marcha de una economía capitalista. Pero ¿qué tipo de intervención? ¿Cuáles instituciones? ¿Qué valores? ¿Quiénes podrían garantizar no sólo que las políticas diseñadas sean adecuadas, sino que se llevarán a cabo pulcramente? Leonid Hurwicz (2007:280-281) recibió su premio Nobel haciendo de nuevo una pregunta planteada por el poeta romano Juvenal, que vivió entre los siglos I y II: “*Sed quis custodiet ipsos custodes?*”. Más que detenernos en el problema de tratar de introducir las instituciones en los modelos “como variables, incluso como incógnitas, en vez de cómo partes fijas del paisaje (como es el caso de la competencia perfecta en muchos de los modelos más utilizados)”, nos interesan los problemas del cumplimiento de la ley (*enforcement*) y del logro de los objetivos (*implementation*). En la solución de estos problemas influye el tratamiento que se dé a la corrupción, teniendo en cuenta “la muy pesimista visión de la naturaleza humana” de Juvenal. Aunque Hurwicz (2007:287) comienza afirmando que sería posible la existencia de “guardianes (individuales o colectivos) que simpatizan con las reglas, cuyos estándares éticos impiden el comportamiento corrupto”, busca alternativas que le permitan prescindir de ellos. Entre estas alternativas destacan el carácter electivo de los guardianes y las sanciones que interrumpen sus ascensos.

A pesar de las claras dificultades que implica convenir el modo y el alcance de la intervención del gobierno sobre la economía, esta parece inevitable. Ello no implica descartar el mecanismo de mercado. Sen (1999:25-26) ofrece dos argumentos a su favor: los controles arbitrarios sobre oportunidades de intercambio limitan la libertad de hacer algo que sin dichos controles se tendría el derecho de hacer, por una parte, y por la otra, porque los controles disminuyen oportunidades de mayor ingreso y riqueza, provocando una reducción de las libertades que estos ofrecen. Esto no significa, afirma Sen (1999:26), “negar que los mercados pueden ser a veces contraproducentes (como el mismo Adam Smith apuntó, apoyando en particular [el] control del mercado financiero). Hay serios argumentos para la regulación en algunos casos. Pero ... los efectos positivos del sistema de mercado ahora son ampliamente reconocidos, mucho más de lo que lo eran hace unas pocas décadas”.

Referencias

Akerlof, G. y R. Shiller (2009) *Animal Spirits: How Human Psychology Drives the Economy, and Why It Matters for Global Capitalism*, USA, Princeton University Press; 264 pp.

Goodman, P. (2008) "¿Y Greenspan, ¿era realmente tan bueno?" El País.com, (12/10/2008) [disponible en <http://www.elpais.com>].

Greenspan, A. (2007) *The Age of Turbulence: Adventures in a New World*, USA, Penguin; 531 pp.

Hurwicz, L. (2007) "But who will guard the guardians?", *Nobel Prize Lecture*, (8/12/2007); 280-291 [disponible en <http://nobelprize.org>].

Krugman, P. (2009) *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, USA, W. W. Norton; 224 pp.

Sen, A. (1999) *Development as Freedom*, USA, Anchor; 366 pp.